

Panesi, Jorge (marzo 2005). *Jacques Derrida (1930-2004) : El deconstrutor*. En: Encrucijadas, no. 30. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubi.sisbi.uba.ar>>

Jacques Derrida (1930-2004)

El deconstrutor

Derrida, el último sobreviviente de los “pensadores del ’68” –categoría que incluye a Barthes, Foucault, Althusser, Lacan y Deleuze–, fue un pensador originalísimo que imprimió fuerza y vitalidad a la filosofía contemporánea, sobre todo con su concepto de “deconstrucción”.

Jorge Panesi

Director de la Carrera de Letras (FFyL, UBA). Profesor de Teoría Literaria en las universidades de Buenos Aires y La Plata.

Jacques Derrida fue un filósofo de la afirmación y no –como una superficial mirada miope de uso corriente en ciertos ambientes periodísticos anglosajones quiere creer– un “relativista” o un “nihilista”. Su combate contra la “metafísica occidental”, al igual que Heidegger, tuvo en cuenta que todo lo que pensamos y hemos pensado pertenece a este dominio, y que revolucionar un sistema no es solamente invertirlo (esta operación fortalece el sistema que se quiere atacar), sino efectivamente transmutarlo; por lo tanto, la deconstrucción (su invento) prefiere desplazar internamente el pensamiento metafísico sin el cual nada podría haber sido pensado. Lejos está esta actitud de la negación, de la superación hegeliana y del nihilismo. La deconstrucción está ya en obra en el mismo sistema que se quiere deconstruir, en el mundo en que vivimos y en el discurso que hablamos. Por eso ha dicho: “¿Lo que la deconstrucción no es? ¡Pues todo! ¿Lo que la deconstrucción es? ¡Pues nada!”. Todo y nada, o apenas una palabra entre otras que él ha inventado, “différance” (con una falta de ortografía en francés), himen, fármaco, falogocéntrico, tanatografía... y que forman una red. Una red de palabras que ha servido a toda una época para pensarse.

Podría leerse a Derrida con un gesto reductor: como si todos sus textos, de una manera u otra, fuesen apenas una nota al pie de la filosofía heideggeriana. Pero seríamos injustos, porque el texto de Derrida es también otra serie de notas al pie: de Blanchot, de Artaud, de Levinas, de Nietzsche, de Bataille, de Benjamin, Freud, Kant, Platón, Joyce, Saussure, Mauss, Lacan, Foucault y tantos otros. La deconstrucción no es un método (nos lo ha repetido siempre), pero algo tiene de un camino, un camino de lectura que toma al texto del otro no tanto para destruirlo o demolerlo, sino para integrarlo selectivamente a una tarea infinita y futura, luego de apartar lo que tiene de connivencia con la metafísica. El tiempo de la deconstrucción no es el tiempo del derruir, sino la preparación del oído para hacer posible el despliegue de una melodía futura. Una tarea previa y necesaria, o también, un diálogo de lectura textual donde el pasado se redime.

Los grandes pensamientos viven siempre del malentendido y de los comentarios esclarecedores que inevitablemente, al comunicar con simpleza las tesis desnudas, ensanchan el malentendido. Y quizás el mayor malentendido de la deconstrucción haya sido su enclaustramiento y generalización en el mundo universitario norteamericano, en esa empresa de reproducción académico-comercial que el mismo Derrida llamó “la

deconstrucción en América”. Malentendido porque su amigo, Paul de Man, el cabeza de las filas deconstructivas americanas, había celosamente ocultado su pasado colaboracionista en la Bélgica natal ocupada. Malentendido que Derrida no logró aclarar del todo, enredado a la fidelidad que le debía a su amigo. Malentendido íntimo porque Derrida, el filósofo que filosofó en los márgenes de la filosofía, siempre tuvo la conciencia del margen: su condición de judío francés en una Argelia que le quitó la ciudadanía y los honores escolares. En este contexto, sus reflexiones sobre el perdón (sólo se perdona lo imperdonable) adquieren conmovedoras dimensiones.

Otro malentendido lo generó su frase “no hay nada fuera del texto”, interpretada como una posición teológica, según la cual el mundo sería una suerte de escritura divina. Y si bien su obra tiene notables conexiones con el pensamiento judío, la frase se refería a la comprensión de la experiencia como huellas diferenciales, como marcas, como una “escritura general”. Frase irritante, como lo fue todo su discurso, su estilo y su retórica para los filósofos, entre los cuales Habermas representa el equívoco máximo, o la máxima irritación. Habermas, en su refutación a la filosofía deconstructiva, prefiere leer (así lo manifiesta) a un epígono que pone en conceptos claros la retórica derrideana, en vez de adentrarse en su texto que lo irrita porque, al igual que Heidegger, desdeña la exposición conceptual. Y si en este caso, la irritación o el malentendido es hacia el omnipresente estilo “literario” de Derrida, por el lado de la crítica literaria, donde su influjo ha sido determinante en los últimos treinta años, no hay una comprensión mayor. Alegremente, ciertos críticos literarios decretaron que su pensamiento permitía la abolición de las fronteras entre literatura y filosofía, y nada más lejos de Derrida que esta abolición, pues si algo lo caracterizó fue la atención que dedicó a las particularidades institucionales de los dos discursos.

“No hay literatura sin democracia, ni democracia sin literatura”, sentenció Derrida aludiendo precisamente a un juego institucional de la modernidad: la literatura (una de sus “pasiones”) es el discurso que puede decirlo todo (decirlo todo en ese espacio que la democracia le reserva a la literatura haciéndole pagar el precio de que sus palabras sean tomadas como ficción, como “pura literatura”). No solamente la literatura puede decirlo todo sin la mordaza de la censura, sino que puede decirlo todo porque ese “todo” es el presentimiento de algo que todavía no está formado, algo inaudible salvo para ella dentro ese espacio, como el advenimiento de un resplandor o de una sombra del futuro.

Derrida fue el pensador de lo otro, de lo otro como advenimiento de un futuro. Fue también el pensador de la democracia, pero de la democracia como futuro, de la “democracia todavía por venir”. En este sentido, adhiere al mesianismo político, un mesianismo que, sin haber sido nunca marxista, supo subrayar en Marx (Los espectros de Marx) su dimensión mesiánica, en un momento en que el marxismo atravesaba un generalizado descrédito político. Pensamiento espectral, pues el espectro, el revenant, es más que la no presencia: es lo que aparece, o lo que no deja de aparecer, como la huella, la trace, la diferencia. Derrida nos enseñó a ver que el mundo vive de este contacto espectral con lo que estando muerto no deja de aparecer y de actuar. Su filosofía bífida, aporética, irresoluble, es al mismo tiempo la afirmación, el sí a lo que ha sido dado, al don incalculable, y también una filosofía mortuoria. En el incalculable don, la muerte saca sus cálculos.

Pero hay un trabajo de detención rigurosa en la lectura que hizo de textos y cuestiones filosóficas y literarias (la palabra “rigor” aparece en él siempre ligada a Husserl, su maestro en el rigor del análisis). Una suspensión del tiempo en la era de la aceleración generalizada (otra paradoja), lograda en sus textos mediante lo que podría llamarse “la

retórica del rodeo”, o la retórica de lo que comienza varias veces (aquí la retórica es una con el postulado de que no hay origen simple, sino ya un origen dividido que jamás coincide en la identidad consigo mismo). La retórica del rodeo (algo que contribuyó, sin duda, a la irritación filosófica y literaria frente a su discurso) es una también con lo indecible del sentido, no porque no fuese apremiante decidir (aquí se juega la posibilidad de que la deconstrucción tenga algo que decir sobre la ética, o que tenga ella misma una dimensión ética), sino precisamente porque el sentido siempre incompleto y en devenir inestable hace necesario, ineludible, apremiante, el acto que decide, pero un acto soberano que carece de certezas.

Si bien es cierto que en la trayectoria de Derrida hubo un “giro” que en determinado momento lo sustrajo de su pasión literaria para interesarlo en dimensiones éticas y políticas (un giro que él negó, pues estas dos dimensiones ya se encontraban en su registro primero), este “giro” de su pensamiento jamás se desvinculó de las cuestiones de la lengua, el lenguaje y el sentido, donde la deconstrucción asentó sus primeros golpes efectivos. Como si Derrida hubiese querido dotar a la deconstrucción de cierto afán cosmopolita, universalista. Indudablemente hay un afán cosmopolita en sus últimas intervenciones, lo que no implica una condescendencia ni una complicidad con lo que ha sido llamado la “época de la globalización”, sino todo lo contrario.

La indefinible deconstrucción, ha dicho, es una tarea de traducción, en un sentido no restringido del término (traducción entre lenguas), sino la traducción como tarea generalizada. El sentido vive y muere permanentemente de traducciones, que no son operaciones “segundas” o derivadas, sino originarias. La traducción como una tarea que ya está allí y que debe completarse perennemente, casi con un sentido iluminista. Si la filosofía vigila su discurso (es el discurso más vigilado que pudiera concebirse), Derrida, injertando hasta el hartazgo traducciones en sus textos, tanto como incrustaciones de otras lenguas, ha ejercido esta vigilancia de una manera casi obsesiva y vigilante, rigurosa. Derrida ha devuelto a la filosofía la preocupación, el cuidado y la imposible vigilancia de su propio texto. Así, su conocida frase acerca de la “represión” a la que la filosofía sometió la escritura adquiere un valor ejemplar.

Una época es, hasta cierto punto, las polémicas que teatralmente, como una manifestación vocinglera y ruidosa de sus acentos más gruesos o secretos, da como espectáculo de recapacitación al futuro, que necesariamente ha de contemplarse distanciadamente en ese espejo pasional. Derrida ha estado en el centro de tales polémicas que constituyen nuestra época, o la agitación de nuestra época. Revisarlas sería adentrarnos en la luminosidad y la confusión que hemos de dejar como legado. Polémicas que Derrida no ha cerrado del todo, como si aquí también hubiese algo de indecible, manifiestamente sus ataques a Foucault y a Lacan, que vuelven con todo el peso de verdaderos revenants, pero también las polémicas con el citado Habermas, con John Searle, con Ricoeur. Hay pensadores que extraen el pensar de la relación apasionada (de amistad y de enemistad, simultánea y sucesiva) con los otros. Derrida ha sido uno de estos pensadores. La deconstrucción en su aspecto destructor, en su carácter demoledor, tiene un germen de violencia, de fuerza violenta que la pone en la encrucijada de la polémica.

Con los maestros, ha dicho (en lo que luego sería una polémica con Foucault a propósito del cogito cartesiano), se mantiene un diálogo incesante, inconcluso, interior. Parecido a la cripta que erigimos dentro de nosotros para albergar a un amigo muerto (una imagen que pensó a propósito de la muerte de su amigo Paul de Man). Diálogo asimilable e inasimilable, tan pacífico como violento, tan amistoso como hostil. Creo que éste es el

diálogo no concluido que mantenemos, hoy, con Jacques Derrida muerto. Muerto o en carácter de revenant incesante de nuestra época. ¿Qué nos ha dicho de nuestra vida y de nuestra muerte Jacques Derrida? Sencillamente nos ha dicho que a vivir se aprende de dos maneras que son una sola: aprendemos a vivir del otro y por la muerte.